

CAPITALISMO DE EXCLUSIÓN, PERIFERIAS SOCIALES Y MOVIMIENTOS POPULARES

■ JUAN GRABOIS

*“Hablamos de opresores y oprimidos, pero no nos basta.
Luego añadimos incluidos y excluidos, y no nos basta.
Hoy tenemos que añadir otro matiz,
gráfico y duro, los que caben y los que sobran...”¹*
Jorge Mario Bergoglio

La entronización del lucro como medida del orden socioeconómico global, que Francisco caracteriza lapidariamente como un verdadero “culto al dios Dinero”, se erige como causa fundante de los fenómenos extremos de injusticia social que aquejan a nuestro mundo y atentan contra la dignidad humana. La destrucción de la perspectiva elemental de acceder a un techo digno y un trabajo decente obedece fundamentalmente a un sistema perverso que distribuye la producción y el consumo guiado exclusivamente por el imperativo de la ganancia. La doliente multitud de hermanos que se hacinan en las periferias urbanas sin posibilidad de insertare en el mercado laboral es la manifestación más acabada de este verdadero capitalismo de exclusión.

Desplazados del campo primero y expulsados de las fábricas después, los trabajadores excluidos ya superan numéricamente a los formales en muchos países del mundo. Se cuentan por millones los hombres, mujeres y niños que se ven forzados a ganarse el pan en condiciones de extrema precariedad, en labores insalubres, sin protección legal ni perspectivas de progreso. Las conquistas del movimiento obrero pasaron a ser patrimonio de una fracción reducida de los trabajadores mientras una creciente mayoría se va quedando al margen de toda protección legal o gremial. En África, Asia y América Latina, la informalidad afecta a más del 50% de los trabajadores ocupados. Las cifras en los países centrales aumentan vertiginosamente.

En el mismo sentido, los asentamientos informales van convirtiéndose en el hábitat predominante de la humanidad: son más de 200.000 en el mundo, albergan entre 1300 y 1500 millones de seres humanos² y reciben

¹ Jorge Mario Bergoglio (2008), Homilía en XI Jornada Arquidiócesana de Pastoral Social, Buenos Aires.

² UN-HABITAT (2003), *The Challenge of Slums: Global Report on Human Settlement.*

al 75% de los migrantes, refugiados o desplazados.³ El contraste de este paisaje con la suntuosidad de los núcleos enriquecidos no puede más que dar la voz de alerta sobre la inmoralidad de este orden de cosas y del riesgo permanente para la paz social que trae aparejada semejante inequidad.

Mientras tanto, la estructura socioeconómica del capitalismo global, “este sistema que hemos creado”, lejos de poner los avances de la ciencia y la técnica al servicio de la dignidad humana, arroja a los hombres a una nueva clase desposeída, no ya de los medios de producción sino incluso de la mera posibilidad de poner su fuerza de trabajo a disposición del capital, pues “*no son solamente explotados sino sobrantes y desechables*”.⁴ Estos hermanos nuestros, pese a ser privados de los beneficios de la globalización, son utilizados como materia prima de la “industria del descarte”⁵ y se les exprime hasta la última gota de sangre en esa verdadera “picadora de carne”, esa “fábrica de esclavos”⁶ en la que se han convertido las grandes ciudades modernas.

No se trata de situaciones aisladas. Se **debe resaltar el carácter estructural de la exclusión. De lo contrario, se cae en teorizaciones complacientes** que abordan esta situación como si se tratara de meras desviaciones del sistema y, que en última instancia, atribuye a los pobres la responsabilidad de su propia pobreza y se indignan frente a los casos extremos de explotación como si fueran producto exclusivo de la maldad de algunas organizaciones criminales. Ya decían los obispos latinoamericanos en Puebla que “*al analizar más a fondo tal situación, descubrimos que esta pobreza no es una etapa casual, sino el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas*”.⁷ En el mismo sentido, la Asamblea Episcopal Argentina afirmó que “*la crisis económico-social y el consiguiente aumento de la pobreza tiene sus causas en políticas inspiradas en formas de neoliberalismo que consideran las ganancias y las leyes de mercado como parámetros absolutos en detrimento de la dignidad de las personas y de los pueblos*”.⁸

³ Mike Davis (2006), *Planet of Slums*, Verso, Londres.

⁴ V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (2007), Documento Conclusivo, Aparecida.

⁵ Jorge Mario Bergoglio (2008), Homilía en Jornada Arquidiocesana de Pastoral Social, Buenos Aires.

⁶ Jorge Mario Bergoglio (2010), 3era Misa por una Sociedad sin Esclavos ni Excluidos, Buenos Aires.

⁷ III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (1979), Documento Conclusivo, Puebla.

⁸ Documento Conclusivo de la 85ª Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Argentina (2003), San Miguel.

Es también importante comprender las diferencias que distinguen la cuestión social hoy de aquella conocida como la “cuestión obrera” durante el siglo XX. Los excluidos del presente no están bajo un régimen salarial donde la lucha por la justicia social se manifiesta en la puja distributiva entre el capital y el trabajo. Tampoco constituyen un “ejército de reserva industrial” que nutre de mano de obra a la Industria en los períodos expansivos y permite contener las demandas salariales. Estamos frente a un fenómeno cualitativamente distinto: en la actual matriz socioeconómica, no existe un proceso cíclico de integración al mercado sino **una galopante tendencia a la marginación de las nuevas generaciones empobrecidas**, condenadas a vivir de las sobras de “los satisfechos” en un subsistema residual que funciona como el “volquete existencial”⁹ que la civilización instala en la periferias urbanas para contener a los que “están de más”. He aquí el único derrame que han conocido los pobres de la Tierra después de varias décadas de neoliberalismo.

Los hombres y los pueblos, sin embargo, no han permanecido pasivos ante semejante orden de cosas. **La reacción frente a la exclusión que margina y explota fue la organización de numerosos movimientos populares a lo largo y ancho del mundo.** Con características distintas, sin una ideología precisa, con objetivos difusos, desde los rincones más oscuros del globo emergen organizaciones diversas que expresan en el trabajo, en la organización y en la lucha la convicción de que un mundo mejor es posible.

La militancia social, una de las expresiones más profundas de la solidaridad humana, empieza a manifestarse no en la asistencia de los excluidos como objetos de su filantropía sino fundamentalmente “*en el permanente acompañamiento en sus esfuerzos por ser sujetos de cambio y transformación de su situación*”.¹⁰ La espontánea rebeldía de la juventud frente a la injusticia se combina con profundos sentimientos de amor fraterno para engranar el motor de los nuevos movimientos sociales. Constituye asimismo **un antídoto contra la dialéctica de la denigración humana que divide a los hombres no sólo entre excluidos e integrados sino entre excluidos y excluyentes, entre heridos e indiferentes.**

En este sentido, en su paso por el Arzobispado de Buenos Aires, el entonces Cardenal Jorge Mario Bergoglio realizó una incesante labor de

⁹ Jorge Mario Bergoglio (2009), 2a Misa por una Sociedad sin Esclavos ni Excluidos, Buenos Aires.

¹⁰ V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (2007), Documento Conclusivo, Aparecida.

acompañamiento no sólo de los villeros o de los trabajadores más sufridos sino de sus organizaciones y militantes. Ya como Sumo Pontífice, durante las Jornadas de Juventud de Río de Janeiro, ratifica esta línea de pensamiento instando a la juventud a no caer en la indiferencia egoísta, a “hacer lío”, a luchar contra la exclusión, sin dejarse manipular ni arrastrar a la violencia irracional, dando también protagonismo a los trabajadores excluidos y sus organizaciones.

En este punto, se hace necesario realizar una aclaración indispensable para comprender el espíritu de este documento. La descripción cruda y crítica de las condiciones de vida de nuestros hermanos más golpeados no deben invisibilizar las maravillas espirituales, artísticas, creativas que se producen cada día en las barriadas populares y entre los trabajadores excluidos. Denunciar como expresión de injusticia social la existencia de villas miseria no implica desconocer la riqueza, belleza, bondad y alegría de muchos asentamientos y mucho menos promover su erradicación. Del mismo modo, denunciar como expresión de injusticia la existencia de trabajo informal sin derechos no implica desvalorizar las actividades popularmente creadas y mucho menos promover su criminalización. Si olvidamos esto **corremos el riesgo de proyectar la indignidad objetiva de las circunstancias al hombre que las padece, reduciéndolo en el mejor de los casos a la condición de víctima y negándole su capacidad de reacción frente a la injusticia**. Muy por lo contrario, creo fervientemente que las fuerzas transformadoras están precisamente en esas periferias olvidadas, entre esos hermanos humillados que luchan por su dignidad.

Este texto se presenta como el humilde aporte de un militante popular latinoamericano que no pretende rigor científico o solidez académica sino expresar frente a la convocatoria de Francisco una visión nutrida en las ideas y prácticas de las organizaciones sociales en lucha sobre las causas de la exclusión, la realidad de las periferias y la naturaleza de los nuevos movimientos populares. La integración de estos tres grandes temas pueden ayudarnos esbozar un panorama más nítido que nos permita trabajar con mayor eficacia en la edificación de un mundo más justo, avanzar hacia esa globalización diferente a la que nos llaman los obispos en Aparecida o hacia ese “mundo mejor posible” que anhelamos.

1. La matriz excluyente del capitalismo financiero

La exclusión no es producto de la naturaleza ni de una fatalidad histórica. No es el resultado de un exceso de población, de limitaciones territoriales o de escasez de recursos. Es la consecuencia de estructuras humanas injustas, una aberración insoportable que surge de las entrañas del sistema econó-

mico-financiero global. El vertiginoso proceso de concentración de la riqueza en manos de un puñado de grupos transnacionales y la miseria escandalosa de millones de personas son hijos de la misma madre, frutos de la misma matriz. Se hace necesario, entonces, analizar el capitalismo en su fase actual, señalando sus características esenciales y describiendo los nuevos antagonismos sociales que genera.

Pese a la proliferación de estudios y estadísticas, los pensadores del mundo no logran elaborar una teoría coherente y muchos menos señalar formas de superación del actual paradigma. Los herederos de las tradiciones filosóficas ilustradas dominantes durante el siglo XX – el liberalismo y el marxismo – no han producido un diagnóstico certero. Esto es así, al menos en parte, porque las tensiones de clase propias del siglo pasado, sin terminar de desaparecer, abrieron paso a una nueva y más terrible contradicción social que no terminamos de dimensionar: la que existe entre integrados autosuficientes y excluidos descartables, tanto a escala de los Pueblos de cada nación como de las naciones entre sí.

El desquicio entre variables poblacionales (crecimiento demográfico, flujos migratorios) y socio-territoriales (distribución poblacional, posibilidades de empleo) se presenta a nivel de fenómeno percibido como la principal amenaza para la “estabilidad” social. Sobre esta base, desde los centros mundiales de poder reverdece una amplia variedad de ideologías neo-maltusianas, algunas más sutiles, otras más explícitas, que en última instancia pretenden responsabilizar a los pobres de su propia situación y hasta planificar científicamente su exterminio. No es osado decir que el hambre, el narcotráfico, la muerte de miles de migrantes, la indiferencia frente al sufrimiento humano más descarnado, son formas de **terrorismo de estado por omisión**. El concepto de “superpoblación” reaparece bajo distintos ropajes. Así, el hecho escandaloso de que en *este* sistema hay personas que sobran se eleva a la categoría de verdad absoluta.

Por su parte, los pueblos comienzan a buscar con mayor empeño una comprensión global de la situación, a ensayar respuestas a las nuevas preguntas que plantea la crisis en ciernes, a señalar no sólo las consecuencias sino las causas de la injusticia contemporánea. En cualquier caso, ya nadie habla del fin de la historia, las protestas se extienden en todo el globo y han desaparecido las pretensiones triunfalistas del “pensamiento único”. El recuerdo de los graves errores de la experiencia del socialismo real y el rechazo a un materialismo deshumanizante ya no basta para contener el profundo deseo de remplazar este sistema por otro más justo, fundado en valores que se encuentran bien lejos del mercado: la verdad, la justicia, el amor, y muy especialmente, la dignidad y los derechos de todos los seres humanos.

Resulta entonces imprescindible describir las relaciones entre la arquitectura económico-financiera global y la realidad de las masas excluidas. En este sentido, es posible señalar cinco aspectos que me parecen característicos de esta forma de globalización para analizarlas críticamente a la luz de sus devastadores efectos sociales.

1.1. La dictadura de la ganancia

La búsqueda de una mayor **productividad y eficacia**, siempre subordinada al imperativo de la ganancia, no es un rasgo nuevo del capitalismo pero se manifiesta en esta etapa histórica en la fragmentación física y geográfica del ciclo productivo: cada componente de una mercancía se produce donde sea más barato, es decir, donde se puedan pagar salarios más bajos y menos impuestos. De este modo, desocupación y sobreexplotación se convierten en variables interdependientes.

En el mismo sentido los avances tecnológicos, la robotización y la automatización no se aplican para aliviar el esfuerzo humano y permitir su desarrollo integral sino para reducir la “magnitud variable del capital” y aumentar los beneficios de los empresarios. La menor necesidad de trabajo humano no se traduce en una reducción de la jornada laboral sino en salarios más bajos y menos empleos.

Se produce así una dinámica caóticamente organizada en beneficio de unos pocos. Como dicen los obispos latinoamericanos *“En la globalización, la dinámica del mercado absolutiza con facilidad la eficacia y la productividad como valores reguladores de todas las relaciones humanas. Este peculiar carácter hace de la globalización un proceso promotor de inequidades e injusticias múltiples”*.¹¹

1.2. El triunfo de la usura

La globalización ha permitido la extensión insospechada de la posibilidad de obtener por medio de la **especulación financiera** ganancias infinitamente superiores a las que se obtienen por medio de la actividad productiva. La interconexión informática de los mercados permite que en cuestión de segundos una minúscula elite de especuladores haga negocios de magnitudes delirantes a partir de sutiles diferencias entre tasas de interés, tipos de cambio, cotizaciones bursátiles, precios de *commodities*, etc.

Las consecuencias de esta “realidad virtual” que domina las finanzas mundiales han sido señaladas en múltiples oportunidades, antes, durante y después de la crisis bancaria de 2009. La iglesia latinoamericana señala con

¹¹ Ibid.

acierto que “la actual concentración de renta y riqueza se da principalmente por los mecanismos del sistema financiero. La libertad concedida a las inversiones financieras favorecen al capital especulativo, que no tiene incentivos para hacer inversiones productivas de largo plazo, sino que busca el lucro inmediato en los negocios con títulos públicos, monedas y derivados”.¹²

Sin embargo, lejos de poner freno a esta verdadera timba global, los Gobiernos del mundo parecen rendir pleitesía a los grupos financieros, permitiendo el crecimiento de burbujas especulativas y descargando sobre los Pueblos los platos rotos. Así, en los últimos años presenciamos esta increíble paradoja: escandalosas sumas de fondos públicos se invertían en el “salvataje” de los grandes bancos mientras familias enteras padecían hambre, desempleo y desalojos. Francisco lo ha dicho con claridad: “la tragedia no son los bancos, son las familias”

El crédito productivo o hipotecario, mientras tanto, lejos de estar al alcance de los sectores populares, se ha convertido en una pieza de museo. A los pobres, el sistema financiero les ofrece usurarios préstamos personales para incentivar el consumo compulsivo de bienes innecesarios o “banquitos de la buena fe” para financiar emprendimientos que sucumbirán frente a la competencia de la gran industria. Se ha hablado incluso de la “financieriación de la economía informal” como mecanismo de explotación indirecta mediante el cual se reabsorben los magros ingresos de los excluidos e incluso las transferencias de ingreso que reciben en algunos países.

1.3. La cultura del descarte

Miles de millones de hombres, mujeres y niños arrojados a la vorágine frenética del consumo dan testimonio del “éxito” del Capital en transformar la adquisición compulsiva de bienes y servicios banales, innecesarios y superfluos en la aspiración fundamental de la sociedad moderna. El impresionante desarrollo de sofisticadas técnicas de marketing publicitario, verdadera maquinaria de manipulación en masa, traspasa cualquier barrera ética o cultural bombardeando a los pueblos con espejitos de colores modernos mediante una **red ultraconcentrada de medios de comunicación**.

Lejos de premiar a los más productivos como sostiene el credo liberal, el sistema premia a los más mentirosos, a los que logran posicionar mejor sus **marcas**, los semidioses del capitalismo contemporáneo, la representación gráfica de las necesidades inoculadas por la propaganda incesante que nos reduce a una “servidumbre voluntaria”.

¹² Ibid.

Este fenómeno constituye una de las novedades más relevantes del capitalismo contemporáneo, es producto de una estrategia deliberada de los sectores económicos concentrados. Ya en 1955, Victor Lebow prescribía: “*Nuestra economía enormemente productiva... pide que hagamos del consumo nuestra forma de vida, que convirtamos la compra y uso de los bienes en un ritual, que busquemos nuestra satisfacción espiritual, nuestra satisfacción del ego, en consumo... necesitamos cosas consumidas, quemadas, reemplazadas y descartadas a paso acelerado*”.¹³

En efecto, las cosas duran cada vez menos, se vuelven obsoletas en cuestión de segundos, se desechan y se reemplazan a un ritmo asombroso (obsolescencia programada y percibida). Las consecuencias socioeconómicas de esta verdadera cultura del descarte son pasmosas: se aman las cosas y no las personas, nuestros hermanos son descartables igual que nuestros objetos, saturamos la tierra de basura y enterramos los residuos en las mismas periferias donde se confina a los excluidos.

La superación de la actual situación de desequilibrio planetario es impensable sin combatir esta cultura que reduce a las personas a meros consumidores convirtiendo una suerte de hedonismo obsesivo y excluyente en la filosofía obligatoria del buen ciudadano.

1.4. La usurpación de la Creación

Los recursos naturales, bienes comunes de la humanidad, deberían ser sustentablemente utilizados para la felicidad de los Pueblos, en un marco de profundo respeto por la Creación. Sin embargo, como dicen los obispos latinoamericanos, “*Las industrias extractivas internacionales y la agroindustria, muchas veces, no respetan los derechos económicos, sociales, culturales y ambientales de las poblaciones locales y no asumen sus responsabilidades*”.¹⁴ La Creación, cuyo cuidado es responsabilidad de la humanidad, ha sido usurpada por el capital.

Una de las consecuencias más evidentes es que el espacio rural ha dejado de ser el ámbito de desarrollo de los proyectos de vida de las familias campesinas para convertirse en el receptáculo de capitales insaciables que no dudan en destruir el ambiente, desplazar poblaciones enteras, arrasar con culturas milenarias para exprimir la renta de la naturaleza. El avance de los agronegocios, la megaminería contaminante, la deforestación salvaje, la pesca depredadora no responden a las necesidades de la humanidad sino a

¹³ Victor Lebow (1955), *The Nature of Postwar Retail Competition* (citado en el documental *The Story of Stuff*).

¹⁴ V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (2007), Documento Conclusivo, Aparecida.

la voracidad capitalista. En general, los países exportadores de materia prima, lejos de desarrollarse gracias a sus riquezas naturales, se ven sometidos a las peores formas de dependencia y saqueo.

En el mismo sentido, las catástrofes derivadas del cambio climático afectan fundamentalmente a los más vulnerables, que pese a no utilizar combustibles fósiles en su vida cotidiana, pagan las consecuencias de las emisiones contaminantes de los países ricos y las grandes empresas. En los últimos años hemos evidenciado una serie de catástrofes climáticas que, sin excepción, golpearon principalmente a los excluidos. Para peor, ya es tendencia que después de semejantes tragedias el poder económico aprovecha el shock para el desarrollo de negocios inmobiliarios y grandes proyectos de “reconstrucción” que desplazan las poblaciones damnificadas. A esta perversa forma de hacer negocios con la tragedia de la ha llamado “capitalismo del desastre”.¹⁵

1.5. La claudicación del estado

Frente a esta globalización excluyente, los estados nacionales van cediendo su rol como garantes del bien común. Traicionan la herencia de generaciones de patriotas que amaron su suelo, entregando a sus pueblos a la voracidad del capital y la violencia del crimen organizado; la búsqueda de la armonía social deja de ser prioridad y los Gobiernos se contentan con contener a los sectores más postergadas, administrando la pobreza a través de planes miserables de asistencia; las clase dirigente se desliga de las más mínimas pautas éticas para venerar a la “diosa coima”, entregarse a la corrupción y asociarse a las mafias del narcotráfico, la trata de personas y el juego.

Los estados, gobernados de esta forma, aceptan dócilmente los planes de ajuste de organismos perversos como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional o el carroñeo por parte capital especulativo. Como dicen los obispos de Aparecida: “*Las instituciones financieras y las empresas transnacionales se fortalecen al punto de subordinar las economías locales, sobre todo, debilitando a los Estados, que aparecen cada vez más impotentes para llevar adelante proyectos de desarrollo al servicio de sus poblaciones, especialmente cuando se trata de inversiones de largo plazo y sin retorno inmediato*”.¹⁶

La claudicación del estado también se expresa en la privatización de bienes y servicios elementales: salud, educación, vivienda social, alimentos, transporte, saneamiento, agua potable, electricidad, comunicaciones. Al sub-

¹⁵ Naomi Klein (2007), *La doctrina del shock*, Ediciones Paidós, Buenos Aires.

¹⁶ Ibid.

ordinar la provisión de estos bienes y servicios a la lógica del mercado, se subvierten los criterios de equidad a punto tal que las cosas no llegan dónde más se necesita sino donde mejor se paga y para quien pueda pagarlo.

Existen, desde luego, excepciones a esta regla, países que resisten y sociedades que defienden la visión de que el estado debe ser una herramienta de, por y para el pueblo. Cada vez que esta resistencia se transforma en decisiones políticas populares, las represalias mediáticas, económicas y hasta militares sobre los gobiernos que las toman son brutales.

2. Desde las periferias: trabajadores excluidos y asentamientos informales

Los elementos enunciados en el apartado precedente configuran una matriz que se expresa en una compleja y multifacética sucesión de crímenes sociales aberrantes. Las distantes imágenes de un documental o las cifras frías de las estadísticas, principal punto de contacto entre “dos ciudades” permiten observar parcialmente el fenómeno sin correr riesgos, sin embarrarse, sin tocar la carne viva que muchas veces está a la vuelta de la esquina. Es necesario penetrar en el corazón de la injusticia, descender al subsuelo de la Patria humana, para “contemplar los rostros de quienes sufren”, para encontrarnos con nuestros hermanos más golpeados en su dignidad, con nuestra propia carne mancillada, y comprender la insoslayable obligación de cambiar este orden de cosas.

La guerra, el hambre, el analfabetismo, los desastres ambientales, la esclavitud moderna, el tráfico humano, la explotación infantil, la violencia criminal, la represión institucional, las adicciones, las pandemias, las violaciones más aberrantes de la dignidad humana, afectan principalmente a los últimos de la fila, a los descamisados del presente, los que fueron expulsados de la fiesta consumista, los marginados de la “cultura del bienestar”: los excluidos. Entre ellos, **los que más sufren son los dos “polos de exclusión” que señala Francisco insistentemente: los niños y los ancianos.**

El proceso de exclusión determina un mundo atravesado por una dualidad evidente: “centros” para los integrados, que ofrecen que ofrecen seguridad, comodidad y “satisfacción” a quienes se zambullen en el festín de la abundancia y se enlistan en el “ejército de los distraídos”;¹⁷ “periferias” para los excluidos, vulnerables, donde la vida es dura, difícil, llena de privaciones. ¡Tenemos que ir a las periferias para reencontrarnos como pueblo!

¹⁷ Jorge Mario Bergoglio (2012), 5a Misa por una Sociedad sin Esclavos ni Excluidos, Buenos Aires.

El proceso de exclusión se asemeja pavorosamente al tratamiento de los residuos. La civilización global arroja a los que sobran a un enorme basural social donde se “gestiona” el residuo humano. Esta gestión, además de neutralizar para que no estorbe, brinda muchas “oportunidades de negocio” laterales: la administración del “relleno sanitario”, el “reciclado” del residuo humano reutilizable, la “destrucción” de los residuos que se consideran peligrosos. Sin embargo, dentro de esos infernales botaderos de personas, junto con situaciones terribles de degradación humana, vemos todos los días ejemplos heroicos de resistencia, solidaridad y amor fraterno.

Hay dos dimensiones en las que se desarrolla centralmente la existencia de nuestros compañeros más humildes en su lucha por el techo digno y el trabajo decente en las periferias sociales modernas: la dimensión laboral y la dimensión territorial. Paradójicamente, son campos cada vez más unificados. Se ha dicho incluso que “el barrio es la nueva fábrica” porque en gran medida, el lugar de trabajo de millones de excluidos se ha trasladado al hogar o los espacios públicos.

2.1. La dimensión laboral de la exclusión: trabajadores excluidos

A veces, la periferia llega al centro, lo “invade” para llevarse una partecita de su bienestar a sus hogares humildes, se adueña del espacio público por algunas horas, como para recordarle a los satisfechos que existe otro mundo y que, tarde o temprano, va a emerger.

Cada día, en todas las ciudades del mundo, cualquiera que no quiera hacerse el distraído puede verlos, con amor, con temor o con desprecio: cartoneros, vendedores ambulantes, mensajeros, trapitos, limpiavidrios, feriantes. Caminando, en bicicleta, a caballo, en camiones destartados, en familia, con los hijos a cuestas o a veces tan chicos que apenas se ven las cabecitas asomando detrás de los bolsones llenos de cartón. Van a ganarse el pan de cada día con su trabajo, con el trabajo que el sistema les dejó. Son muchos, es cierto, pero son sólo la punta del iceberg, la vanguardia visible de un fenómeno que se oculta en su verdadera magnitud en los basurales, en talleres clandestinos, en maquiladoras, en las grandes ferias, y fundamentalmente, en el interior de los asentamientos informales.

El trabajo asalariado, registrado y estable ya no es la relación laboral predominante en las modernas urbes ni una perspectiva realista para los trabajadores. Los obreros industriales son una minoría decreciente y el creciente sector de servicios no ofrecer puestos suficientes para compensar el déficit de empleo. En cualquier caso, **las formas institucionalizadas de trabajo no logran absorber ni a la mitad de las personas con necesidad de trabajar y la tendencia se profundiza.** De cada dos, una se queda afuera.

Sobra. Está de más. Es superflua. Sin embargo, pese a estar excluidas de las oportunidades de la globalización, son las más expuestas a sus amenazas.

Es evidente que el sistema no ofrece posibilidades de empleo productivo para todos los habitantes del planeta en las condiciones de dignidad adquiridas al precio de ríos de sangre. Son precisamente estas condiciones laborales las que los ideólogos del neoliberalismo llamaron a flexibilizar con las consecuencias que todos conocemos. Ahora, pese al retroceso de los estándares legales, pese a esa nivelación hacia abajo de las condiciones laborales hasta pisos de precarización antes impensables, se hace evidente que el problema no son las regulaciones sino algo más profundo: este sistema no integra en condiciones elementales de humanidad a todos los que vivimos bajo su influjo.

De esto se derivan dos posibles conclusiones: sobra gente o el sistema no funciona. Desde una perspectiva cristiana, o de un humanismo básico, la primera de las posibilidades queda éticamente descartada – aunque bajo distintas formas, ha dominado el pensamiento de la civilización occidental desde la Revolución Industrial hasta hoy.

Uno de los “clásicos” del pensamiento excluyente es sin duda Thomas Malthus. El pensador británico asentaba su principio de la población en la idea de que existen límites objetivos de espacio y alimento para la reproducción de la vida humana. De esto se derivan una serie de recetas políticas que son, sin duda, un muestrario de la crueldad en masa como la esterilización compulsiva o directamente el exterminio. De manera sutil, ese pensamiento continúa vigente en el establishment internacional.

En el capítulo XXIII de *El Capital*, Karl Marx introduce el tema de la superpoblación y desarrolla una formidable crítica al pensamiento maltusiano. Marx indica que en el proceso de acumulación de capital la demanda de trabajo decrece progresivamente a medida que aumenta el capital global.

El sobrante poblacional – que Malthus suponía un producto de la reproducción “geométrica” de pobres lujuriosos e irresponsables – nunca es absoluto sino relativo a las necesidades del capital.

La existencia de una superpoblación relativa, pensaba Marx, no sólo es funcional al sistema sino que opera como palanca del proceso de acumulación capitalista. Los sobrantes integran un “ejército industrial del reserva” que responde a la mayor demanda de trabajo en los periodos de alza del ciclo industrial y mantiene la presión sobre la oferta de trabajo inhibiendo las demandas salariales por competencia entre los propios obreros. En el mundo globalizado, sin embargo, aun en los periodos de mayor crecimiento, un segmento creciente de la población permanece desintegrado del proceso productivo formal.

Así lo percibieron distintos pensadores del llamado tercer mundo. José Nun, sociólogo argentino, desarrolla el concepto de “masa marginal”.¹⁸ Sostiene que el capital supera su etapa competitiva para entrar en una fase monopolística. En ese contexto, se desarrolla esta categoría particular de la superpoblación relativa que se diferencia de las restantes por una razón: no forma parte de ninguna reserva industrial, es población que no resulta funcional al proceso de acumulación capitalista; por el contrario, puede convertirse en una seria amenaza a su estabilidad. De esta forma, el sistema se enfrenta al desafío de gestionar sus “residuos poblacionales” para que no estorben, a veces reprimiendo, a veces conteniendo. En algún punto, tanto el control policial como la distribución del ingreso “*figura entre los faux frais [gastos varios] de la producción capitalista, gastos que en su mayor parte, no obstante, el capital se las ingenia para sacárselos de encima y echarlos sobre los hombros de la clase obrera y de la pequeña clase media*”.¹⁹

En este orden de ideas, el pensador uruguayo Metol Ferrer introduce el concepto de “desocupación disfrazada”. Ilustrando la situación con el caso uruguayo, afirma que el escaso trabajo social invertido en el agro y los altos precios recibidos, permiten “*un subsidio a una gran parte del resto de la población activa del país, nos ha permitido mantener un ejército de consumidores que no eran reales productores.*” De esta forma, paradójicamente, “*la plus valía de la espontaneidad de nuestra producción ha permitido aguantar la minus valía de consumidores no trabajadores. Claro que a medida que estos últimos aumentarían proporcionalmente, el Edén se transformaría insensiblemente en Infierno*”.²⁰

Existe, sin embargo, un circuito económico periférico con “vida propia”, una verdadera economía residual o “pericapitalista”, que explica mucho mejor que los subsidios o la represión la forma en la que subsisten los excluidos. En esta esfera las tendencias individualistas propias del sistema, la tentación del delito, el clientelismo político y el poder de las mafias se enfrenta a la vocación solidaria de los humildes y a las organizaciones populares en la lucha cotidiana por el territorio, los recursos, el espacio público, las políticas sociales y fundamentalmente el destino de las personas y el futuro de los pueblos (*ver 3.2 de este artículo: “La Economía Popular”*).

¹⁸ José Nun (1999), “El futuro del empleo y la tesis de la masa marginal”, *Desarrollo Económico*, Vol. 38, No. 152.

¹⁹ Karl Marx (1999), *El Capital*, tomo I, cap. 23, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

²⁰ Alberto Methol Ferre (1959), *La crisis del Uruguay y el Imperio Británico*, APL, Buenos Aires.

La situación actual de los trabajadores es incomprensible sin analizar las características de esta esfera económica sumergida y la situación de los que en ella se ganan el pan. Frai Betto califica a los trabajadores este sector como “pobretariado” y lo considera el sujeto social más dinámico de esta etapa histórica.

En este trabajo, caracterizamos a los compañeros que fueron marginados del mercado laboral institucionalizado como los “trabajadores excluidos”, los que no tienen derechos, los que el estado no ve, los que los empresarios desconocen, los que no participan directamente de la moderna producción, pero que no obstante, no pierden su carácter de trabajadores.

La situación de los trabajadores excluidos se inscribe en el proceso más amplio del retroceso nacional, regional e internacional de lo que alguna vez conocimos como clase obrera y que golpea incluso a los compañeros con empleos formales. Sin embargo, en mi opinión, la exclusión laboral implica un grado más agudo de opresión donde se acumulan todas las fracturas del mundo del trabajo: precarización, informalidad, externalidad e infraproductividad.

2.2. *La fractura de derechos: precarización*

Dejemos de lado, por un momento, la aspiración de un mundo sin explotación del hombre por el hombre, donde cada cual reciba según su necesidad y aporte según su capacidad; y pensemos apenas un mundo donde cada cual pueda ganarse el pan con su trabajo en condiciones mínimas de dignidad ¿Cuál es el piso de derechos al que debemos aspirar?

Para responder esta pregunta, la OIT desarrolló el concepto de “trabajo decente” y lo definió como *“un trabajo que sea productivo y que produzca un ingreso digno, seguridad en el lugar de trabajo y protección social para las familias, mejores perspectivas de desarrollo personal e integración a la sociedad, libertad para expresar opiniones, organización y participación en las decisiones que afectan sus vidas, e igualdad de oportunidad y trato”*.

Llamativamente, la OIT no publica la proporción de trabajo decente sobre el total de la población mundial económicamente activa. Sin embargo, todos los indicadores que responden a distintas facetas de esta definición arrojan cifras pasmosas de incumplimiento de las condiciones que definen al trabajo decente. No es osado decir que, incluyendo a la población rural, **más del 75% (2200 millones) de los trabajadores del mundo, el “precarizado”, están sometidos a alguna forma de precariedad laboral.** Veamos, sin embargo los datos “oficiales” más alarmantes:

- Casi el 30% de los trabajadores del mundo (más de 910 millones) sobrevive junto con sus familias con unos ingresos inferiores al umbral de pobreza de dos dólares diarios.²¹
- Casi el 50% de los trabajadores del mundo (más de 1500 millones) son trabajadores con “empleos vulnerables”.²²
- 168 millones de niños trabajan en el mundo.²³
- 21 millones de personas están sometidas a trabajo esclavo.²⁴
- El desempleo juvenil trepa al 50% en los países desarrollados.

Dicho esto, es necesario hacer la siguiente salvedad: no todo trabajo precario es informal. Entre los trabajadores registrados, incluso de las grandes empresas, existen innumerables formas de flexibilización institucionalizadas que implican altos niveles de precariedad.

2.3. La fractura institucional: informalidad

La OIT tampoco aporta datos globales sobre trabajo informal pero podemos estimar que ronda en 40%, con una gran disparidad entre países y regiones: el 48% de los trabajadores africanos del norte, el 72% de los africanos subsaharianos, el 51% de los latinoamericanos y el 65% de los asiáticos se encuentran en condiciones de informalidad.²⁵

No es fácil definir qué es el trabajo informal: en 2003 la *Conferencia Internacional de Estadística Laboral* logra acordar un criterio unificado que se resume en la siguiente forma “el trabajo informal es la suma de los empleos del sector informal con más los empleos informales en otros sectores”.

De esto se desprende la existencia de dos unidades de análisis, una referida al *trabajo* en sí mismo cuando carece de “protección legal y beneficios laborales” (trabajo informal) y otra a las *unidades productivas* donde se desarrolla cuando éstas no están “correctamente registradas conforme a las leyes nacionales” (sector informal). Trabajo informal y sector informal, son, “oficialmente”, las variables cuantitativas de la exclusión laboral.

Así las cosas, el mundo del trabajo informal está compuesto según la OIT por seis categorías laborales: (i) trabajadores por cuenta propia empleados en

²¹ “Global Employment Trends” (2010), OIT, Ginebra.

²² Ibid.

²³ “Medir los progresos en la lucha contra el trabajo infantil” (2013), OIT-IPEC, Ginebra.

²⁴ “Estimación Mundial sobre el Trabajo Forzoso” (2012), OIT, Ginebra.

²⁵ “Statistical update on employment in the informal economy” (2012), OIT, Ginebra.

sus propias empresas del sector informal, (ii) empleadores dueños de sus propias empresas del sector informal, (iii) trabajadores familiares auxiliares, independientemente de si trabajan en empresas del sector formal o informal, (iv) los miembros de las cooperativas de productores informales; (v) los trabajadores que tienen empleos informales en empresas del sector formal, empresas del sector informal o los trabajadores domésticos asalariados empleados por hogares; (vi) los trabajadores por cuenta propia dedicados a la producción de bienes exclusivamente para el propio uso final en su hogar.²⁶

Esta clasificación invisibiliza aspectos realmente importantes vinculados a las relaciones sociales del trabajo que se estructuran en el sector informal. El problema no es la informalidad en tanto falta de registración del trabajo, no estamos frente a un problema de formas sino de fondo: el problema es la exclusión y la explotación salvaje del ser humano.

2.4. La fractura en la relación laboral: externalidad y pseudoautonomía

Tal vez la menos estudiada de las fracturas en el mundo del trabajo tiene que ver con la forma en la que se relacionan las personas en los procesos económicos residuales. Hemos dicho que el trabajo asalariado, en relación de dependencia, deja de ser la forma típica de estructuración social y aparecen otros fenómenos como la masificación del trabajo por cuenta propia, el trabajo doméstico y el trabajo a domicilio, la proliferación de pequeñas y medianas empresas “clandestinas”, los “programas de empleo” con contraprestación laboral sin derechos, etc. Estos fenómenos expresan la externalización de una parte importante de la fuerza de trabajo que, si bien excluida de los derechos, participa de los procesos de acumulación de capital.

La externalidad permite a los sectores concentrados desligarse de la responsabilidad laboral (y moral) para con los trabajadores excluidos. Si no hay un trabajador al que se le está “robando” la plusvalía ya no hay una “deuda” con ese trabajador pues no aporta nada a la creación de riqueza ni la obtención de ganancia.

En ese contexto de irresponsabilidad absoluta de las grandes empresas para con una enorme fracción de los trabajadores reverdecen las formas más aberrantes de explotación que implican una **reaparición de la coerción directa como dispositivo de poder patronal**. El trabajo esclavo es, en este contexto, la forma más dramática de esta externalización. La sangre de los costureros esclavizados, incluso niños, aporta a la cadena de valor de las

²⁶ “Directrices sobre una definición estadística de empleo informal” (2003), OIT, Ginebra.

grandes marcas sin que estas sientan la más mínima responsabilidad por la situación de *sus* trabajadores.

Otra derivación, tal vez más masiva, del proceso de externación es la pseudoautonomía: una inmensa cantidad de trabajadores jurídicamente autónomos pero económicamente dependientes. Recicladores, vendedores ambulantes, microemprendedores y una gran diversidad de oficios que se realizan por cuenta propia integrando las cadenas de valor de las grandes empresas.

2.5. La fractura de productividad: economía residual (o popular)

En gran medida, el trabajo precario responde asimismo al desarrollo combinado, desigual, fragmentario de distintos sectores productivos con distintas reglas, o dicho de otro modo, distintas velocidades. A grandes rasgos, podemos distinguir tres sectores:

1. *Moderno y transnacional* (monopolios altamente desarrollados) Compuesto principalmente por una red de empresas transnacionales y sus subsidiarias, unas 147 empresas poseen el 40% del control accionario de más de 49.000 empresas transnacionales a nivel mundial.²⁷ Ocupan a una porción pequeña de la mano de obra, con salarios elevados y plenos derechos laborales. Aquí trabaja una verdadera “aristocracia obrera”.
2. *Nacional y local* (empresas competitivas de desarrollo Intermedio): La mayor parte de los empleos son, sin embargo, producto de una gran cantidad de PyMEs orientadas al mercado interno o a proveer servicios tercerizados a las grandes empresas. A pesar de una gran heterogeneidad en su nivel de desarrollo, están siempre subordinadas a las decisiones macroeconómicas de los sectores monopolícos. Ofrecen en general condiciones de trabajo asalariado precario, inestable, tercerizado y parcialmente registrado.
3. *Residual y popular* (unidades de trabajo infra-productivas): Se trata de emprendimientos individuales o colectivos con mínima tecnología, baja productividad, ingresos inadecuados para los trabajadores y condiciones insalubres de labor. La forma en que se estructuran las relaciones sociales en este sector es un reflejo precario de las relaciones capitalistas de trabajo y en algunos casos, de formas pre-capitalistas remozadas. Por su carácter periférico podemos llamarlo “peri-capitalismo”. Existen en menor proporción valiosas formas de organización solidaria del trabajo impulsadas por los movimientos populares.

²⁷Vitali S, Glattfelder JB, Battiston S (2011), *The Network of Global Corporate Control*, PLoS ONE 6, Zurich.

Para finalizar, me parece interesante introducir el concepto de “subsunción formal”. Indica que hasta las formas económicas más precarias están subsumidas en el proceso global de acumulación capitalista. Sobran ejemplos de grupos enteros de trabajadores absolutamente pauperizados que forman parte de las cadenas de producción y distribución de empresas transnacionales. Además, los mecanismos de apropiación indirecta de la renta (préstamos usurarios, altos precios, impuesto al consumo, etc.) permiten al capital reabsorber el “PBI” de la economía residual e incluso “recuperar” las transferencias directas del estado a los sectores empobrecidos.

2.6. La dimensión territorial: asentamientos informales

El 25% de los hombres, mujeres, niños y ancianos que habitan nuestro planeta duerme en una casita de chapas oxidadas, cartones, alguna lona vieja, tablones de madera, bloques de hormigón o tal vez algunos ladrillos si tiene suerte. Esa casita que construyeron con esfuerzo, manos curtidas y esperanza, se asienta seguramente rodeada de basura, sin desagües ni cloacas, sobre un lote minúsculo que de una u otra forma lograron ocupar sobre un basural, en un terreno abandonado, junto a una vía ferroviaria, a la orilla de un río contaminado o bajo una ruidosa autopista. En los asentamientos informales, **hogar de 1.500 millones de hermano nuestros**, cada proyecto de vida está fuertemente limitado por misérrimas condiciones materiales y ambientales impuestas por el capitalismo de exclusión.

Durante la primera década del nuevo milenio, en algún rincón del mundo, un recién nacido o tal vez un campesino desplazado marcó un hito histórico: por primera vez desde que apareció el hombre sobre la faz de la tierra, la ciudad es el ámbito geográfico humano predominante. **Más del 50% de la población mundial vive en zonas urbanas y la tendencia se acelera día tras día.**²⁸ Aquel bebé nació o aquel migrante se instaló, casi con certeza, en un asentamiento informal. Es probable que el nuevo ciudadano, uno de cada millón que se suma a los asentamientos cada semana, engrose las estadísticas del Banco Mundial sobre pobreza que hoy estiman en 3500 millones las personas que sobreviven con menos de dos dólares diarios. Muy probablemente también se integre en alguna de las categorías de la precariedad laboral y se convierta en otro trabajador excluido.

Es probable, pero no seguro. Es que en el asentamiento, aunque para el ojo civilizado es homogéneo, existe una fuerte estratificación interna. No todos los que viven en los asentamientos son pobres o trabajadores. Tampoco todos

²⁸ Mike Davis (2006). *Planet of Slums*, Verso, Londres.

los asentamientos están dominados por delincuentes, narcotraficantes o gánsteres. Los estereotipos creados externamente reducen la complejidad del asentamiento a las necesidades políticas del poder. En realidad, el asentamiento refleja, sin maquillajes, el orden injusto del capitalismo contemporáneo.

Los asentamientos informales se masificaron con la revolución industrial. Ya sea dentro de las ciudades o en sus periferias, una variada topología de urbanización precaria se convirtió en la morada de la naciente clase obrera. El trabajo asalariado absorbía masas de migrantes al interior de cada nación a medida que avanzaba el proceso de industrialización. Con el correr de los años y las luchas populares por la justicia social, los asentamientos se transformaron en barrios obreros y la calidad habitacional de los trabajadores mejoró significativamente.

Sin embargo, con la irrupción del neoliberalismo, la desindustrialización y los programas de ajuste estructural, el panorama cambió significativamente. **El proceso de urbanización se desacopló del desarrollo industrial.** Las ciudades siguieron creciendo, la población urbana se disparó, surgieron periferias de las periferias, pero ya no existía un mercado de trabajo pujante que absorbiera a los recién llegados. No es el aumento en la oferta de empleo urbano sino la reproducción ampliada de la exclusión social lo que explica el crecimiento de los asentamientos informales.

Hay, sin duda, factores de atracción y arraigo inherentes al asentamiento urbano. Aún la periferia degradada, además de recibir reflejos mortecinos del “brillo de las ciudades”, ofrece mejores servicios, acceso al consumo y posibilidades de trabajo que el campo, al menos conforme a los parámetros hegemónicos. En esta etapa, sin embargo, **es posible que sean más importantes los factores de expulsión de población rural que los de atracción** a las periferias urbanas. La explotación irracional de la naturaleza que implica el desplazamiento de poblaciones enteras es sin duda una de las causas. En los países dependientes sobran ejemplos de áreas rurales altamente industrializadas y áreas urbanas altamente desindustrializadas. Las guerras y conflictos bélicos también son un factor importante de desplazamiento forzado de gran cantidad de personas.

Los procesos de urbanización, claro está, no responden a ningún tipo de planificación por parte de los estados. Son fruto de las fuerzas “espontáneas” del mercado que paradójicamente tienden a excluir a las mayorías de su propia dinámica legal y relegarlas a una periferia paralegal en el plano habitacional del mismo modo que vimos en la dimensión laboral. En los países periféricos, **tan sólo el 20% de los nuevos hogares responden al mercado formal de vivienda.**²⁹ El resto de las viviendas son producto infor-

²⁹ Ibid.

mal de las manos de sus moradores en áreas desprovistas de servicios, infraestructura o saneamiento adecuado.

Las estadísticas de la ONU son elocuentes: en el África Sub Sahariana el 71,9% de las personas vive en asentamientos informales; en América Latina y el Caribe el 31,9%; en Asia, alrededor del 40%; en Oceanía el 24,1%. Existen países en los que virtualmente toda la población urbana vive en asentamientos: Etiopía (99,4%), Chad (99,4 %), Afganistán (98,5 %), y Nepal (92%) son los casos extremos. Hay ciudades con 12 millones de asentados informales como Bombay.³⁰

Los números ocultan las enormes diferencias entre asentamientos de distintas regiones y, aún más, la estratificación interna del asentamiento, donde **los más excluidos entre los excluidos, los migrantes, los indocumentados, los recién llegados, se ven obligados a alquilar piezas ínfimas que alojan familias enteras.** Como decía el Padre Joseph Wresinski, que acuñó el término “cuarto mundo” para referirse a los bolsones de extrema pobreza globalmente transversales, detrás de cada pobre hay otro más pobre. Y detrás de un padre excluido, hay un niño y un abuelo más excluidos aún.

Los elementos comunes que sí podemos destacar, además de la cuestión central de inseguridad jurídica en el régimen de tenencia de la tierra, es un gran nivel de carencia en el acceso o la calidad de los servicios públicos elementales: salud, educación, seguridad, alumbrado, higiene urbana, provisión de agua potable, luz eléctrica, gas natural, saneamiento y comunicaciones. Las calles, la señalética, las plazas y espacios públicos, las normas de seguridad vial, cuando las hay, son producto de la intervención comunitaria de los pobladores. Por lo general, no existe ninguna instancia administrativa o judicial al interior del asentamiento.

En el asentamiento, donde la vida interna suele ser mucho más intensa que en los núcleos enriquecidos, donde la producción está íntimamente ligada al territorio, el poder está en constante disputa. De nuevo, como en el campo laboral de la exclusión, el vacío que deja el estado se llena con formas para-estatales de regulación social y hasta de coerción. La comunidad, organizada o espontáneamente, resiste como puede el avance de grupos violentos de la criminalidad organizada muchas veces apoyados por las fuerzas de seguridad oficiales.

La muchas veces señalada ausencia del estado en realidad no es más que una delegación de sus facultades en agentes “tercerizados” que, sin necesidad

³⁰ UN-HABITAT (2003). *The Challenge of Slums: Global Report on Human Settlement.*

de atenerse a las garantías propias de un orden jurídico democrático, administra el territorio, gestiona la maquinaria electoral y gerencia los negocios cuya rentabilidad es de interés para los sectores de poder. Paradójicamente, **la proliferación de barrios cerrados (countries) refleja el mismo proceso de privatización de la “violencia legítima” cuyo monopolio es, según Max Weber, la esencia del estado.** Tal vez por eso el narcotráfico busca refugio en estos dos polos del orden capitalista.

La representación subjetiva del asentamiento informal varía significativamente. En algunos casos por la posición relativa de cada cual frente al fenómeno: el asentamiento no es lo mismo para un viejo asentado, para un recién llegado, para un abuelo, para un joven; mucho menos para un oficinista que vive cerca de un asentamiento, para un estudiante, un desarrollador inmobiliario, un político. Existen sin embargo algunos relatos principales.

El “cuento negro” fomenta la estigmatización del asentamiento como un lugar signado por el crimen, dominado por el narcotráfico, refugio de todo tipo de vagos, maleantes, asesinos, rufianes y delincuentes. Por lo general, esta línea de pensamiento muy a gusto de los grandes desarrolladores inmobiliarios, considera que la solución a la problemática estriba en la **erradicación** de los asentamientos. También es la opción preferida de los fabricantes de armas y el lobby de la mano dura que promueven la **militarización** de los asentamientos.

Su contraparte, que podríamos denominar “cuento rosa” o doctrina del “orden espontáneo”, idealiza el asentamiento como forma libertaria de sociedad donde la comunidad se auto-regula sin intervención del estado. Esta línea de pensamiento tiende a fomentar la **desregulación y ghetificación** de los asentamientos embelleciendo la indiferencia con una pose de tolerancia.

Otra variante es el pensamiento colonizador, que ve en el asentamiento el refugio de “buenos salvajes” a la espera de ser re-educados por los sectores civilizados. El concepto de **urbanización** a secas, en general, supone un menosprecio por los sectores popular, una mirada irrespetuosa de su identidad y un voluntarismo teórico que casi nunca se expresa en mejoras concretas porque los civilizadores no quieren realizar las inversiones necesarias para concretar sus planes.

El Equipo de Sacerdotes para las Villas de Emergencia (Buenos Aires), desde una visión comprometida con los asentados y desde adentro de los asentamientos, lo expresa en estos términos “Si la ciudad no quiere colonizar la villa deberá tener un corazón humilde capaz de escuchar la palabra de inmensas barriadas que tienen mucho que decir (...) *más que urbanizar nos gusta hablar de **integración urbana**, esto es, respetar la idiosincrasia de los pueblos,*

sus costumbres, su modo de construir, su ingenio para aprovechar tiempo y espacio, respetar su lugar, que tiene su propia historia".³¹

En cualquier caso, la descontextualización del fenómeno como producto de la lógica interna del sistema impide avizorar escenarios alternativos de justicia y dignidad para los compañeros. La lucha de las propias víctimas de este orden de cosas será, sin duda, la que permita alumbrar un nuevo orden territorial donde haya espacio, techo y trabajo para todos.

3. El Movimiento de los Excluidos y las nuevas organizaciones populares

La injusticia engendra resistencia. La sed de justicia pone en movimiento a los pueblos que llevan grabada en el alma, cada uno a su modo, "la gran ilusión de Jesús":³² la hermandad entre todos. Los movimientos sociales son fuerzas dinámicas que impulsan el cambio frente a un orden injusto que impide concretar ese maravilloso anhelo. En el subsuelo de la sociedad humana, en las periferias existenciales y geográficas, entre los pobres y los marginados de la Tierra, silenciado por los grandes medios de comunicación, despreciado por los neo-asistencialistas que niegan el protagonismo popular en la lucha contra la pobreza, combatidos por la represión institucional y el crimen organizado, surge un nuevo movimiento que empieza a recorrer el mundo, el Movimiento de los Excluidos.

Durante el siglo XX, el Movimiento Obrero fue sin duda la fuerza más significativa de reafirmación de la dignidad humana. Aunque con una gran variedad de matices, las luchas sociales del siglo XX estuvieron signadas por el conflicto entre capital y trabajo: "(...) *el avance cada vez más rápido del desarrollo técnico y la industrialización que comportaba crearon muy pronto una situación social completamente nueva: se formó la clase de los trabajadores de la industria y el así llamado «proletariado industrial», cuyas terribles condiciones de vida ilustró de manera sobrecogedora Friedrich Engels en 1845. Para el lector debía estar claro: esto no puede continuar, es necesario un cambio*".³³

Ese "cambio" comenzó a gestarse desde abajo como resistencia frente al capitalismo salvaje: "*Fueron los trabajadores los que finalmente le hicieron frente. Mucha sangre ha corrido en nuestro país y en todo el planeta para frenar la ambición desmedida del Capital y mejorar las condiciones de existencia de las mayorías. La*

³¹ Equipo de Sacerdotes para las Villas de Emergencia (2007), Reflexión sobre la urbanización y el respeto por la cultura villera, Buenos Aires.

³² Jorge Mario Bergoglio (2011), Misa en memoria de víctimas del incendio al taller de Luis Viale, Buenos Aires.

³³ Benedicto XVI, *Spe Salvi* (2007), Carta Encíclica.

*heroica lucha de los humildes permitió un piso mínimo de derechos por debajo del cual no podía estar ni el más pobre de nuestros compañeros: salarios dignos, jornadas de ocho horas, aguinaldo, vacaciones, acceso a la salud y la educación, recreación y turismo social, vivienda popular, previsión social y jubilaciones dignas, convenios colectivos, paritarias y sindicatos que defiendan al trabajador, se convirtieron en conquistar irrenunciables e irreducibles de nuestro Pueblo”.*³⁴

Durante esa etapa, **las herramientas fundamentales de los sectores populares para alcanzar la justicia social fueron los sindicatos y los partidos de masas.** Los sindicatos tuvieron por lo general un carácter reivindicativo: la lucha por mejoras laborales para la clase trabajadora. Por su parte, los partidos fueron el vehículo de participación política de las mayorías, en un primer momento de la “clase media” y luego de los propios trabajadores. Así, durante el siglo XX, a pesar de sus terribles guerras y la encarnizada lucha ideológica que también atravesó al Movimiento Obrero, los pueblos, munidos de estas herramientas organizativas, hicieron oír su voz, respetar sus derechos y en muchos casos, alcanzaron niveles de igualdad sin precedentes en la historia humana, poniendo al estado al servicio de estos objetivos.

Sin embargo, a mediados de la década de 1970 la destrucción de los “estados de bienestar” abrió una nueva etapa histórica que se profundizó con la disolución del bloque socialista y la reconfiguración unipolar del mundo. La globalización neoliberal puso en crisis las antiguas formas de representación política y sindical. La nueva situación social planteada por **las políticas de desindustrialización y la desesperanza de los sectores populares se combinaron con el triunfo cultural del individualismo hedonista más desvergonzado dirigido a neutralizar esas estructuras en muchos casos con la anuencia de sus dirigentes.**

Así, entre la presión disolvente del Imperio del Dinero que atacaba de manera sistemática todas las estructuras que pudieran hacerle frente (estado, partidos, sindicatos, iglesia) y la propia claudicación de estas estructuras frente al triunfalismo del capital, los excluidos no sólo quedaron afuera del sistema sino desheredados de organización para transformar la realidad.

Pese a todo, la rebelión frente a la injusticia reverdeció y en los “rincones oscuros” de la tierra, los descamisados del siglo XXI, los desocupados, los cartoneros, los aborígenes, los campesinos, los migrantes, los vendedores ambulantes, los sin techo, sin tierra, sin trabajo, sin derechos, los trabajadores

³⁴ Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (2013), Declaración del Primero de Mayo, Buenos Aires.

excluidos, abandonados por un movimiento obrero derrotado, huérfanos de herramientas organizativas, empezaron, a mano y sin permiso, desde abajo y “en patas”, a moverse nuevamente y forjar sus propias organizaciones para luchar por su dignidad.

El Movimiento de los Excluidos, fuerza difusa, atomizada, dispersa, comienza a cristalizar **nuevas formas de organización popular**, que muchas veces adoptaran el nombre de “movimientos”.

¿Cómo surgen? Las organizaciones populares surgen en general por la confluencia de la lucha espontánea de un sector del pueblo frente a un derecho conculcado y la intervención militante que apuntala organizativamente esa lucha. Así, en la organización coexiste de manera un tanto contradictoria el carácter esencialmente reivindicativo de la base con la orientación político-ideológica del núcleo militante. Esta coexistencia ha dado lugar a interminables debates al interior de los movimientos, ha sido negada o exagerada, pero en mi experiencia es la combinación que cataliza genuinamente la estructuración organizativa de los excluidos.

¿Por qué luchan? Las organizaciones populares tienen una gran diversidad de reivindicaciones inmediatas, desde la obtención de alimentos para subsistencia y subsidios para desocupados, hasta la construcción de viviendas populares y la integración urbana de los barrios. Existen movimientos que luchan por el acceso a la tierra, a la vivienda digna, por los derechos laborales de los trabajadores excluidos, por la recuperación de fábricas en quiebra, por el acceso a infraestructura barrial, por la salud y la educación popular, para que los servicios públicos esenciales estén al alcance de todos, etc. En el territorio y en los ámbitos laborales precarizados, bregan por la creación de relaciones sociales solidarias y contra el poder mafioso (ver 3.2). En general, los movimientos comparten una visión crítica al sistema político, económico y social hegemónico y la perspectiva de transformarlo radicalmente para construir otro mundo.

¿Cómo se organizan? Las formas organizativas varían, pero en general existe una tendencia hacia una mayor horizontalidad y protagonismo de las bases que en las organizaciones políticas y sindicales tradicionales. No obstante, la mayoría de las organizaciones que se consolidaron y perduraron en el tiempo tienen fuertes liderazgos y una conducción bien definida. La “no institucionalidad” de las organizaciones populares permite una gran flexibilidad organizativa que en ciertas ocasiones es una ventaja frente al burocratismo y en otras una fuente de fragmentación, atomización y desviaciones hacia manejos arbitrarios. Las formas jurídicas como “cooperativas”, “asociaciones civiles”, “fundaciones”, suelen utilizarse como herramientas meramente formales para la interacción con el Estado.

¿Cuáles son sus métodos? Las organizaciones populares, salvo casos excepcionales como el de Bolivia y en menor medida los de otros países latinoamericanos, no tienen reconocimiento estatal ni espacios institucionalizados de negociación. Es a través de la lucha, de distintas formas de acción directa, que obtienen las reivindicaciones particulares de sus miembros y, en ocasiones, reivindicaciones de carácter general como políticas públicas. En general, la lucha de las organizaciones tiene un impacto inmediato en la vida de sus miembros y un impacto mediato, más difícil de aprehender, en la puja que determina la distribución de la riqueza social. A diferencia de los obreros industriales que cuentan con la huelga como principal herramienta, los excluidos sólo pueden hacerse oír a través de piquetes, movilizaciones y otras formas de lucha que suelen ser criminalizadas.

¿A qué se enfrentan? En su lucha contra la exclusión, suelen enfrentar la represión del estado que por lo general trabaja al servicio de los sectores de poder, que ven la organización popular como una amenaza y no como herramienta para procurar el bien común. Al estar sumergidos en las periferias sociales, las organizaciones populares también deben enfrentar el creciente fenómeno de la criminalidad organizada que avanza fuertemente sobre las barriadas populares en todo el mundo. En ocasiones, nuestras organizaciones son la última barrera de contención contra la opresión mafiosa de los carteles de drogas y la disolución del tejido social.

¿Cuáles son sus logros? Las organizaciones populares han tenido un profundo impacto en la lucha por la distribución del ingreso y han forzado la adopción de políticas sociales de largo alcance en diversos países. Han logrado dar la voz de alarma sobre las devastadoras consecuencias socioambientales de la globalización neoliberal. Han fundado distintos tipos de cooperativas, mutuales, sindicatos y hasta movimientos políticos; sostienen comedores, merenderos, emprendimientos productivos, centros culturales, escuelas populares y guarderías infantiles. Han permitido la construcción de viviendas sociales y mejorado la infraestructura de los asentamientos. Han logrado el reconocimiento legal y el mejoramiento laboral de distintas actividades de la economía informal.

¿Qué ejemplos se pueden dar? Latinoamérica ha sido un semillero de organizaciones populares y existen numerosos ejemplos. En Argentina, el Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE), entre otras conquistas, ha logrado organizar a miles de trabajadores cartoneros (recicladores) en cooperativas, obteniendo importantes mejoras en las condiciones de trabajo del sector, reduciendo drásticamente la incidencia del trabajo infantil y propiciando un considerable aumento en los volúmenes de residuos reciclados. El MTE ha promovido la unidad con otras organizaciones de trabajadores

desocupados (“piqueteros”), empresas recuperadas, campesinos, vendedores ambulantes, artesanos, mensajeros, costureros, etc. Junto a estas organizaciones ha fundado la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP). Asimismo, coordina acciones con organizaciones similares en América Latina y el mundo.

El Movimiento de los Sin Tierra (MST) de Brasil ha logrado recuperar miles de hectáreas de tierra improductiva para distribuirla entre los campesinos, fundando cooperativas para la industrialización e intercambio de los productos, sosteniendo escuelas de capacitación y peleando por la soberanía alimentaria. Ha conseguido la sanción de importantes leyes para el sector y la aplicación de políticas públicas de compra anticipada de alimentos de la agricultura familiar. Forma parte de la Vía Campesina, con más de 100 organizaciones en todo el mundo.

Existen una gran variedad de organizaciones populares en otros países del mundo como la *Self-Employed Women's Association of India* de India, *Spirit of the Youth*, una organización de los Zabaleen (cartoneros) egipcios (cristianos coptos), la *União Nacional de Camponeses* (UNAC, Mozambique), la Asamblea de los Pobres de Tailandia o la Federación de los Pobres Urbanos de Sudáfrica.

¿Cuáles son sus debilidades y riesgos? Las organizaciones populares sufren un fuerte proceso de atomización y fragmentación, producto de la enorme heterogeneidad de problemas que abordan y la gran diversidad ideológica de sus núcleos más activos.

Por otro lado, en su lucha por obtener recursos para llevar adelante su función, se ponen en contacto de sectores de poder como gobiernos, empresas y financiadores internacionales que van, directa o indirectamente, imponiendo condiciones para prestar su ayuda. En muchos casos, los cuadros de conducción enfrentamos una enorme responsabilidad que impacta en miles de personas sin la formación necesaria para hacerlo eficazmente.

La utilización de las organizaciones populares por sus núcleos militantes más activos para el despliegue de agendas político-ideológicas enlatadas “*for export*” que no expresan el verdadero sentir de sus propios integrantes ni la realidad de sus pueblos me parece otra de las desviaciones a las que estamos constantemente expuestos. Tampoco estamos exentos de situaciones de corrupción, disputas internas de poder e infiltración de sectores criminales.

Otro riesgo que surge sobre todo cuando la organización obtiene cierto reconocimiento es el de convertirse en meras ONGs al servicio de la contención. De esta manera dejan de ser herramientas de lucha por la justicia social. A continuación, una breve crítica a esta “desviación” que podemos llamar neo-asistencialismo.

3.1 Crítica del neosistencialismo

Desde los centros de poder, en algunos casos en virtud de una solidaridad mal procesada y en otros como consecuencia de una planificada estrategia de neutralización de la lucha social, surgieron nuevos abordajes para responder a los “daños colaterales” del sistema.

Tal vez la forma más perversa sea lo que podemos llamar **el neo-asistencialismo**, una forma de “caridad” mal entendida, la moderna beneficencia. Las palabras de Eva Perón al respecto mantienen su vigencia: *“Porque la limosna fue siempre para mí un placer de los ricos: el placer desalmado de excitar el deseo de los pobres sin dejarlo nunca satisfecho. Y para eso, para que la limosna fuese aun más miserable y más cruel, inventaron la beneficencia y así añadieron el placer perverso de la limosna, el placer de divertirse alegremente con el pretexto del hambre de los pobres. La limosna y la beneficencia son para mí ostentación de riqueza y poder, para humillar a los humildes”*.³⁵

En general, la ayuda de los países ricos a las naciones pobres, además de cuantitativamente miserable y operativamente ineficiente, tiene un carácter sumamente hipócrita y cínico. Los montos transferidos “filantrópicamente” y administrados con pasmosos niveles de corrupción, no llegan siquiera a reparar una mínima parte del daño causado por la explotación voraz de los recursos naturales, la destrucción de las industrias nacionales, la exportación del daño ambiental, ni qué hablar de “indemnizar” a los pueblos oprimidos por los crímenes de las grandes potencias, como la esclavitud de los africanos.

Los créditos internacionales para programas sociales, además de intereses usurarios y estafalarias multas, imponen la contratación de una burocracia internacional de consultores técnicos que aportan sus profesionalizados saberes en el hasta ahora fracasado combate contra la pobreza. Plantean siempre políticas focalizadas, como si la miseria fuera un problema focal y no sistémico. Son políticas que tienden a fragmentar a los sectores populares y someterlos a una humillante dependencia, reduciéndolos a la calidad de objetos de asistencia en vez de sujetos de derechos.

El neo-asistencialismo también se estructura a través de una extensa red de ONGs benéficas que, en muchos casos, funcionan como organismos de privatización del gasto social y hasta como cortinas para la evasión impositiva por parte de las grandes empresas. El impacto social y la administración de estos fondos escapan de cualquier forma de control social y gestión democrática. **En muchos casos, terminan alimentando formas de explotación mal disfrazadas o sirviendo únicamente a su personal rentado.**

³⁵ Perón, Eva (2004), *La razón de mi vida*, Buró Editor, Buenos Aires.

En ese sentido, es importante hacer una crítica profunda a las formas que adopta la lucha “oficial” contra la pobreza para que los escasos fondos que se invierten en este objetivo permitan potenciar el camino hacia la justicia y lleguen efectivamente a quienes están destinados.

3.2. *La economía popular: realidad, camino, objetivo*

Dijimos que más que la asistencia de los ricos o la intervención de los estados, los excluidos subsisten en base a su trabajo en una esfera económica sumergida, informal, infraproductiva pero aun así subsumida en el sistema económico capitalista. En mi opinión, una de las funciones principales de los movimientos populares es disputar el carácter de la “economía popular”, es decir, **luchar por una (re)estructuración de los circuitos económicos periféricos** para construir relaciones de solidaridad social, dignificar el trabajo popularmente creado y satisfacer las necesidades materiales y espirituales de todos los compañeros.

Mucho se ha hablado de “economía social” y “economía solidaria” para caracterizar a la red de emprendimientos cooperativos o “sin fines de lucro”. Estas definiciones pueden llevarnos a la falsa creencia de que por arte de magia se puede integrar a los excluidos en “empresas sociales” horizontales de laboratorio. Se exponen “casos de éxito” que en general son experiencias aisladas y aun así se los idealiza. Lo cierto es que esta fantasía puede utilizarse como una forma de legitimación del orden social frente a la que debemos dar una contundente señal de alerta. En otro sentido, la creencia en la viabilidad de micro emprendimientos sociales es una forma de atribuir a los excluidos la responsabilidad por su situación: si se esfuerzan lo suficiente, a través de la “economía social” hay una salida.

Es importante entender que el sector “informal” de la economía se presenta como una realidad altamente condicionada por factores externos y no como una construcción social endógena de los sectores populares. En el capítulo sobre la dimensión laboral de la exclusión mencioné que existe un circuito económico residual o peri-capitalista, el sector donde trabajan los excluidos. **La característica de este sector es que puede desarrollar algunos “nichos” que por diversos motivos – costos, tecnología, normativas, resistencia social, etc. – las empresas modernas no pueden (o no quieren) explotar en forma directa.**

En general los medios de producción necesarios están al alcance de los sectores populares. **Esto no quiere decir, ni mucho menos, que tales medios de producción se exploten colectivamente, que el producto de esta economía se distribuya de manera equitativa, ni que las relaciones sociales sean horizontales.** Muy por lo contrario, en la rea-

lidad lo que vemos son relaciones de explotación donde los “más fuertes” dominan determinados nichos del mercado, por lo general en connivencia con las fuerzas de seguridad, el poder político y empresarios inescrupulosos.

Es interesante ver cómo en todos los casos concretos de formas populares de trabajo existe una disputa de recursos con los sectores integrados: los residuos, la tierra, los recursos pesqueros, el espacio público y muy especialmente el segmento “pobre” del mercado, la “Base de la Pirámide” (BoP).³⁶ A medida que se valorizan estos recursos, las disputas por la apropiación privada de los mismos se vuelven más descarnada.

Las grandes ferias informales son un buen ejemplo del fenómeno. Surgen, en general, como aglomerados pequeños productores que ocupan un determinado espacio para evitar la intermediación de los comerciantes y las marcas. Luego, si tienen éxito, se convierten en grandes centros comerciales con un pasmoso nivel de explotación y jerarquización interna basados en la coerción y la violencia que ejerce determinado grupo cuasi mafioso con una suerte de licencia para-institucional que se paga con lo que los argentinos conocemos como “coima”. Es llamativo que en todos los estudios al respecto, financiados por los organismos internacionales de crédito y las cámaras de comercio, se apunta únicamente al “fraude marcarío” y recién a partir de la lucha de algunas organizaciones populares empieza a vislumbrarse la cadena de explotación que existe en este tipo de lugares. La “economía popular” molesta a los sectores integrados cuando compite, no cuando “contiene” explotando.

Así, tal como sucedió en los albores del capitalismo industrial, algunos “emprendedores” que sobre la espalda y la sangre de los más humildes logra acumular lo suficiente para formalizarse, pasan a integrar la nómina de los empresarios “decentes” del sistema. Esta tendencia es “elogiada” por los intelectuales neoliberales de la informalidad como Hernando del Soto.

Frente a esta tendencia a la estructuración patronal-mafiosa el único poder que se interpone es el de las organizaciones populares. A través de la asociación horizontal de los trabajadores por cuenta propia, la creación de cooperativas, la protección de formas artesanales de trabajo, la recuperación de recursos colectivos ociosos, la defensa de la agricultura familiar, y muy especialmente, la lucha por la distribución progresiva de la riqueza social y la aplicación de políticas públicas populares, los trabajadores excluidos luchan contra la explotación y la precariedad.

³⁶ C.K. Prahalad y Stuart Hart (2000), *The Fortune at the Bottom of the Pyramid*, Strategy + Business, Nueva York.

La CTEP expresa su concepción de “economía popular” en estos términos: *“Este camino ya lo hemos iniciado, desde abajo y a los ponchazos, a mano y sin permiso. No fue la virtud sino la necesidad la que nos llevó a juntar cartones, recuperar fábricas, defender nuestra tierra, abrir mercados populares, producir artesanías, pelear por programas sociales, crear miles de cooperativas. Sin embargo, esta necesidad nos fue mostrando cómo cuidar el ambiente, defender la soberanía alimentaria, proteger nuestro territorio, producir bienes necesarios, sacar a nuestros pibes de la droga, cuidar a nuestros niños. Hoy somos miles, tal vez millones y nos estamos organizando para que se nos reconozca como trabajadores y fundamentalmente para dignificar estos procesos que hoy existen bajo formas precarias, desreguladas y atomizadas”*.

“Creemos que sólo el trabajo estable, digno y con plenos derechos, nos permitirá construir la sociedad que queremos. A la vez, nuestra fuerza de trabajo correctamente orientada permitirá lograr objetivos sociales que están por afuera de las necesidades del ‘mercado’. Es maravilloso pensar que toda nuestra fuerza de trabajo que hoy está dispersa, precarizada, atomizada se puede poner al servicio del mejoramiento de nuestra comunidad. ¿Cómo lograrlo? Revalorizando los procesos de trabajo popularmente creado, integrándolos, regulándolos, formalizándolos, dignificándolos, planificándolos, coordinándolos e incluso subsidiándolos para canalizarlos hacia los grandes objetivos sociales que siguen inconclusos: la soberanía alimentaria, el cuidado del ambiente, la integración urbana de las villas, la recuperación de la infancia, la erradicación del paco, la promoción de una vida saludable y la provisión de bienes y servicios básicos para la existencia. Para alcanzar una verdadera Economía Popular, la redistribución de la renta es condición necesaria para no suficiente. Tenemos que avanzar hacia un verdadero cambio de paradigma en el que determinados bienes sociales, el trabajo primero que todos, sean valorados con reglas distintas a las del mercado”.³⁷

4. Otro mundo es urgente

“Los instrumentos de Dios son siempre los humildes”

Juan Crisóstomo

Como obispo de Buenos Aires, Jorge Mario Bergoglio, Francisco, acompañó las luchas sociales, a veces con su presencia silenciosa, a veces con homilías cargadas de esperanza, denuncia y compromiso. Tengo el inmerecido honor de haber compartido con él muchas de ellas, de recibir su solidaridad en los momentos difíciles, su apoyo frente la violencia de los poderosos, su consuelo frente a la muerte y persecución de compañeros. Lo admiro pro-

³⁷ Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (2013), Declaración del 1º de Mayo, Buenos Aires.

fundamente y albergo una gran esperanza de que su pontificado sea un punto de inflexión en la espiral descendente de degradación social, ambiental y moral que venimos sufriendo, un grito de alerta frente al precipicio al que el barco en que viajamos todos se acerca vertiginosamente.

Sin embargo, y a pesar de que en un primer momento he caído en la tentación de atribuirle el poder (y la responsabilidad) de sacarnos de este infierno, mi convicción serena es que la historia la hacen los pueblos. Las estructuras, los estados, las organizaciones, los sindicatos, los partidos, los pensadores, los científicos, los militantes comprometidos y los grandes líderes como el propio Francisco no pueden transformar la realidad sin el pueblo y mucho menos contra el pueblo. Interpreto en este sentido su maravilloso gesto de inclinarse ante el la multitud reunida en la plaza de San Pedro en sus primeras palabras como Pastor Universal. El poder es servicio... sino es corrupción.

Los pueblos siempre han sufrido la opresión de minorías poderosas. También han resistido. A veces, incluso, han obtenido victorias parciales en su lucha por la justicia social. Los más humildes, como parte del pueblo, han soportado sobre sus espaldas lo más duro de estas luchas y han regado con su sangre todos los avances de la humanidad. Los que no tuvimos la buenaventura de nacer pobres, tenemos sí la oportunidad de adherir a sus luchas y luchar con ellos. Por eso, en la perspectiva de construir una sociedad de hermanos, creo que la tarea principal de todas las personas de buena voluntad es fortalecer los movimientos populares, sus organizaciones, sus luchas.

Debemos ser claros: las soluciones no llegará desde los centros de poder o sus organismos subordinados, sino desde lo profundo del pueblo, desde las periferias, hacia donde tenemos que ir con un corazón humilde y no con recetarios mágicos que siempre fallan y muchas veces huelen a hipocresía o incluso, a negocio.

Me permito ser escéptico en relación al cambio de actitud de los privilegiados y poderosos. No creo que ellos vayan a cambiar, a lo sumo podrán ceder. Sí creo, profundamente, que los pueblos del mundo, el 99% de los hombres que habitamos la Tierra, podemos rebelarnos contra los que la torturan con su frenética sed de lucro y de alguna manera pretenden hacernos cómplices de su inequidad. Y podemos luchar.

Nosotros llamamos “poder popular” a la comunidad que se organiza para pelear por su dignidad y creemos que de ahí puede nacer una nueva sociedad. El grito de los excluidos empieza a hacerse oír en todo el mundo. Es un grito de dolor pero también de esperanza. Es un grito que nos convoca nuevamente a la epopeya de terminar con la injusticia, la indiferencia, el fratricidio cotidiano al que hemos llegado.

Los graves antecedentes de intolerancia, totalitarismo, fanatismo y violencia nos llenaron de miedo. El terror abrió paso a la “era del vacío”: sin utopías, sin proyecto histórico, sin patrias, sin pueblos, sin ideales, sin Dios. Nos vendieron una paz sin justicia, una libertad sin igualdad, tolerancia sin solidaridad, placer sin amor, y al final no nos dieron una cosa ni la otra. La apropiación individual de la riqueza, la fama, el poder, el éxito y hasta de las personas, el desprecio por la memoria y la indiferencia por el futuro se convirtieron en el credo hegemónico de nuestras sociedades.

Tengamos coraje. La urgencia los hermanos que pagan en su carne el costo de esta farsa de “vida feliz” nos pide a gritos que luchemos con ellos por un cambio.